

JUAN RULFO EN BRASIL

Simone Andréa Carvalho da Silva

Uma obra deve ter valor pelo muito que nela pode caber.

João Guimarães Rosa

I

Traducir es el arte de lo improbable. De reconocer en las palabras la imposibilidad seductora de los espacios en constante construcción; de silencios que hablan hasta el borde de la sordez. De oír y de hacerse puente entre orillas de un río que no va en una dirección o en otra, sino que se despliega en búsqueda de la tercera y más enajenante de todas ellas: la palabra no dicha de un sentimiento que recorre recodos y rincones, universal en sus habitaciones, hermano en sus intensidades, visceral en sus urgencias y dolores.¹

Hay quienes la consideran una tarea maldita, por empeñarse en reproducir en otro idioma los ecos de lo indecible. Desde Heidegger hasta Benjamin y de Wittgenstein a Derrida no fueron pocos los que

¹ En varios de sus textos y en sus no pocas entrevistas, Guimarães Rosa habla constantemente de la necesidad de que el lector (y su doble, el autor) desarrolle la capacidad de huir de las previsibles orillas (la izquierda y la derecha), proponiendo buceos en lo que él llama la “tercera orilla del río”, lo que no está dado, lo que no es aparente, lo que estás apenas sugerido, lo que es uno y es el otro (no uno u otro) y por eso es capaz de ser muchos. Esa tercera orilla es para pocos, para los que son capaces de mirar lo que “está detrás de lo que está detrás del pensamiento”, según dijo Clarice Lispector, escritora brasileña contemporánea de Guimarães Rosa.

volcaron sus atenciones sobre esa espina, proyectando luces y sombras de muchas y distintas intensidades. Como en un teatro chino.

Heiddeger dice que todo el pensamiento gestado en Occidente durante los últimos milenios es una mala versión de los conceptos del griego que se tradujeron al latín. Traducciones que terminaron por matar la veta, produciendo grietas donde antes florecieron vidas en sus más incontables pluralidades.

Benjamin fue sin duda el más puntilloso teórico de la traducción del siglo xx. En su ensayo "La tarea del traductor" (*Aufgabe*, que significa tanto tarea como vergüenza, lo que nos habla también de la amplitud laberíntica de esa labor) reivindica para la traducción el carácter de género literario independiente y propio. Vislumbra la traducción como una tarea única que se agota en el mismo embate de traducir.

Derrida retoma varias claves de Benjamin con aportaciones propias, al recuperar la traducción de la traducción, con lo que busca resaltar la importancia de la reinscripción de la metafísica, la resistencia a los nombres propios, la "*traduction anasémique*".

En Wittgenstein la cuestión aparece de forma más implícita, pero no menos contundente. Encuentra bases en el análisis del empleo de algunas expresiones cotidianas desplazadas de sus respectivos ejes (llamadas por él "juegos de lenguaje"), señalando, para efectos de traducción, la aporía y el exilio dentro de un mismo idioma.

El traductor es el mejor lector que cualquier obra jamás podrá tener. Eso decía Italo Calvino en voz muy alta. Pues no existe otra manera de leer un texto y de ser por él traducido:²

El señor Palomar piensa que toda traducción requiere otra traducción y así sucesivamente. Se pregunta: "Qué querría decir muerte, vida, continuidad, pasaje, para los antiguos Toltecas? ¿Y qué cosa puede querer decir para estos muchachos? ¿Y para mí?" Y sin embargo sabe que nunca podrá sofocar su necesidad de traducir, de pasar de un lenguaje a otro, de figuras concretas a palabras abstractas, de símbolos abstractos

² Leemos y somos leídos por el texto, de tal suerte que leer es uno de los senderos de traducir; el texto también nos construye y nos deshace, componiendo en nosotros las huellas de lecturas espirales, de palimpsestos, que nos conforman y renuevan. Estamos, de muchas maneras, formados por las infinitas rutas que las palabras leídas, vividas, sentidas y sugeridas dejan al caminar por nuestros sentidos. Leer es nuestro sexto sentido del mundo y de los mundos, dijo Alberto Manguel.

a experiencias concretas, de tejer y volver a tejer una red de analogías. No interpretar es imposible, como es imposible abstenerse de pensar [...].³

La mente humana no hace otra cosa que traducir —dialogando entre imágenes, lenguajes, sonidos, versos y reversos—, consciente o no, todo lo que invade a los sentidos. Lefevere dice que traducir nos es inevitable, y no por ello resulta menos doloroso; que no raras veces nos vemos obligados a traducir nuestras propias palabras para volverlas nuestras una y otra vez, buscando en ellas los olvidados rostros nuestros que en ellas ocultamos.

El traductor, siendo el más infatigable discutiendo, es un curioso de la lengua y de los sueños y es capaz de hacer temblar de dudas el silencio de cada texto; el tejido de historias, de dolores y de cosas que de tan inmensos no caben en lo escrito, que de tan coloridas no pueden dibujarse y de tan abiertas no llegan a encontrarse (y cuyos secretos sólo se dejan descubrir por pocos). Una buena traducción será entonces aquella que no se limite a transferir las palabras de una lengua a otra, sino que sea capaz de poner en piedra lo que antes estaba en papel; de coser en vestimentas lo que antes flotaba en el aire de unas cuantas notas musicales.

Los poetas brasileños Haroldo y Augusto de Campos hablan de la necesidad de hacer de la traducción una metáfora canibalesca de la vampirización del texto original, actualización del “Manifiesto Antropofágico” de 1928, de Oswald de Andrade, algo que Walter Benjamin también propone en su ensayo “La tarea del traductor”. Un intento de convertir la traducción de objeto representado en medio de representación. Entendiendo la fidelidad al texto original no como una camisa de fuerza sino como un aviso que impone al traductor el reto de la constante creación, tarea que, vista desde esa óptica, necesariamente tendrá que desplegarse entre logros y equívocos, con *pérdidas* que podrían convertirse bajo esta lógica en encuentros de multiplicidades inimaginables.

Nada hay más relativo que la realidad, envuelta en ficciones que se derraman en los espacios diversos, para aparecer y desaparecer bajo

³ *Palomar*, trad. de Aurora Bernárdez, Alianza, Madrid, 1985, p. 101.

sus formas primigenias, mas sólo para convertirse nuevamente en significaciones de nuevos y antiguos códigos que sirven una y otra vez para traducir la inteligibilidad de un juego especular de realidades que no terminan de recrearse. De la misma forma que no hay sombra si no existe un objeto, no existe lenguaje si no hay una idea. Cuanto más distante está la sombra de su objeto, más comprometida será la nitidez, más borrosa la imagen entrevista. De igual modo, cuanto más distante está el lenguaje de su idea, más brumoso será el espacio de inteligibilidad y con ello más alejada la posibilidad de que se reconozca a sí misma.

Traducir presupone entonces esa conducción; ese tránsito entre orillas; y supone por tanto la capacidad de habitar en un mundo ajeno sin dejar de vivir en el espacio propio. Se requiere para ello un esfuerzo constante para no quedar atrapado en ninguno de los vértices, y para buscar con ansia la tercera margen del río, tan al gusto y al condimento del escritor João Guimarães Rosa. Metáforas de ríos que se inundan de sí mismos, fertilizan las veredas por donde pasan, y deciden estar un poco en cada sitio visitado para llevarse así un poco de cada tierra reconocida. La traducción vierte, translada, escancia, se seca para volver a fertilizarse, muere para otra vez existir. Cosas y palabras que existen en signo, antes incluso de existir en sí. Conjunto de símbolos que transmiten significados. Y es en búsqueda de ellos que el traductor —un lector que nunca se cure de su ser curioso— debe concentrar sus fuerzas y preguntas. Sin grandes atenciones a las respuestas, pero fascinado por el proceso mismo que lo convierte en un interrogador contumaz.

La vida de un texto es directamente proporcional a las múltiples lecturas que sobre él somos capaces de descifrar y de representar. Al leer, transformamos, vamos más allá de la forma, hasta que nos convertimos en lo leído y las significaciones; los sentidos de lo dicho —y más aun de lo sugerido— llevan en sus espaldas pequeños ojos que sembramos en el trayecto mismo de las lecturas. Por eso mismo, la curiosidad del traductor no puede aceptar la literariedad, la terrible mutilación de una obra que ve sus palabras transferidas, transpuestas, pegadas a un nuevo texto, a otro sistema. Debe contener una especie de codificación ya que ningún contenido existe en forma independiente del medio que lo incorpora.